

## Paradigmas y programas de investigación en ciencias sociales

*Félix Gustavo Schuster*

El “principio de tenacidad”, que para Popper representa en cierto sentido una excepción a la mejor práctica científica, se convierte en una cuestión central de la explicación dada por Kuhn del comportamiento científico. La “ciencia normal” o actividad de resolución de problemas en el contexto de una estructura teórica aceptada es considerada por Kuhn como la regla en la historia de la ciencia y la “ciencia revolucionaria” o sustitución de un “paradigma” por otro, como consecuencia de la acumulación de anomalías en uno de ellos, puede verse como una excepción.

Como sostiene Blaug, es tentador afirmar que en Popper la ciencia está siempre en un estado de “revolución permanente” y que, en consecuencia, la historia de la ciencia consiste en continuas “conjeturas y refutaciones”. Para Kuhn, en cambio, la historia de la ciencia se caracteriza por presentar largos períodos de refinamiento uniformemente constante interrumpidos en ocasiones por saltos discontinuos desde un “paradigma” predominante a otro sin ninguna relación con el precedente.

Entre los varios significados que pueden atribuírsele, Kuhn emplea frecuentemente el término ‘paradigma’ para referirse a ciertos casos ejemplares de logros científicos que tuvieron lugar en el pasado. Por otro lado, también utiliza el término, en un sentido diferente, cuando lo refiere tanto a la elección de problemas como al conjunto de técnicas utilizadas para analizarlos, que van configurando una manera de “ver” la realidad y que llevan al significado aún más amplio de cosmovisión. Kuhn se está refiriendo, en este sentido, a la constelación total de creencias, valores, técnicas, etc., compartidas por los miembros de una comunidad científica dada. Correspondería a su vez diferenciar — aunque Kuhn a veces los ha asimilado — el concepto de paradigma (que sería más amplio) del de teoría, y también quizás del de escuela o corriente científica.

Lakatos parece preocupado tanto por el relativismo kuhniano como por el ahistoricismo popperiano y el resultado de ello es un compromiso entre la “metodología agresiva” de Popper y la “metodología defensiva” de Kuhn, como afirma Blaug. Para Lakatos, como para Popper, la metodología no pretende establecer los procedimientos habituales para manejar los problemas científicos, sino que se interesa por la “lógica de la

evaluación”, es decir por el problema normativo de aportar criterios de progreso científico. En lo que Lakatos se diferencia de Popper es que su “lógica de la evaluación” se emplea al mismo tiempo como teoría histórica que permite retrocedir el desarrollo de la ciencia. Como metodología normativa de la ciencia es empíricamente irrefutable, ya que es una definición, pero como teoría histórica que implica que la mayor parte de los científicos del pasado se comportaron de acuerdo con la metodología de la refutabilidad es perfectamente refutable. Si la historia se ajustase a la metodología normativa, entonces tendríamos razones adicionales a las puramente lógicas para adherirnos al refutabilismo. Si no fuera así, tendríamos posibles razones adicionales para abandonar nuestra metodología.

Lakatos niega que sea lógicamente posible evaluar el carácter científico o cualquier otra característica de las teorías individuales consideradas aisladamente, ya que solamente se pueden evaluar conjuntos de teorías interrelacionadas, es decir, “programas de investigación científica”. Lakatos afirma que la historia de la ciencia es la historia de programas de investigación más que la historia de “teorías” y todos los programas de investigación científica se componen de un núcleo central rodeado de un cinturón protector de hipótesis auxiliares que deben soportar la peor parte de las contrastaciones. El núcleo central es irrefutable por la decisión metodológica de sus protagonistas y contiene, además de creencias puramente metafísicas, una “heurística positiva” consistente en un conjunto parcialmente articulado de sugerencias e indicaciones sobre cómo modificar y desarrollar las “variantes refutables” del programa de investigación, es decir, cómo modificar y reelaborar el cinturón protector “refutable”.

Las ciencias sociales han sido criticadas desde diversos ángulos: por la dificultad de la confrontación empírica, la carencia de leyes, la dificultad —si no imposibilidad— de explicar y de predecir. Se ha planteado la irrefutabilidad de muchas teorías sociales o humanas —en un sentido popperiano—, el carácter no maduro de estas ciencias lo que impide que puedan constituirse paradigmas en sentido estricto, por lo que cabría hablar solamente de escuelas rivales (no se podría detectar la vigencia de un paradigma dominante) y, si se recogen estos aspectos negativos, hasta podría llegar a dudarse de que puedan encontrarse en las ciencias sociales o humanas programas de investigación.

Sin embargo, hay requisitos del trabajo científico (que, en sentido amplio, podrían corresponder a cualquier tradición, o ideología científica) del que las ciencias sociales o humanas no están excluidas.

Uno de ellos sería, por ejemplo, el caso de la confrontación (que puede adjetivarse de maneras varias: empírica, con la realidad —sea ésta lo que fuere—). Las teorías sociales, aún las que pudieran resultar supuestamente más cuestionadas, no son ajenas a la preocupación por la confrontación. Recordemos la constante referencia de Freud a los casos (que tantas veces no estimaba suficientes), tanto a favor como en contrario (con respecto a esto último puede mencionarse “Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica”, en el que señala cómo habría de modificarse la teoría de la paranoia si el caso en cuestión se mostrara efectivamente como contrario; dificultades referidas a la confrontación entre teoría y realidad que lo llevaron a formular, en “Más allá del principio del placer”, su teoría de la dualidad instintiva); o Marx, que formula predicciones que lo llevan a afirmar las crisis periódicas del capitalismo hasta que se produzca la revolución, en Inglaterra (y la hipótesis del imperialismo adosada a la concepción marxista, que lleva a explicar por qué no ocurrió lo anteriormente señalado). Un caso límite a los señalados (la introducción del instinto de muerte por Freud para salvar a su teoría y la incorporación de la hipótesis del imperialismo) podría estar dado por la introduc-

ción, por parte de Malthus en la segunda edición de su "Ensayo sobre la población", del concepto de *restricción moral* (que para él quería decir estricta continencia anterior al matrimonio, postergación de la edad de casamiento y que no haya gratificación irregular posterior al matrimonio) que tornará, en principio, irrefutable a su teoría: cuando se produzca un hipotético aumento de la población y un aumento similar de los niveles de vida se dirá que la clase trabajadora estaba practicando restricción moral (y por ello la población no aumentó en realidad en progresión geométrica), y si, en cambio, se detecta una disminución de los niveles de vida, dirá que la clase trabajadora no está practicando restricción moral. Digamos, sin embargo, que se podría reintroducir la refutabilidad en la teoría con buenas estadísticas que mostraran por ejemplo, en el mismo momento que Malthus sostiene que hay restricción moral, que la edad promedio de casamiento no ha aumentado, ni el promedio de hijos ilegítimos ha efectivamente disminuído, lo que mostraría que no hay restricción moral, en el mismo momento en que Malthus sostendría que sí la hay.

Detrás de esta ejemplificación hay una pregunta que estimo de interés, y que permitiría revelar una preocupación común tanto para las ciencias naturales como sociales o humanas, por un lado, como para las metodologías popperiana, kuhniana y lakatosiana, por el otro. Y esa pregunta es: ¿cuál es el límite para salvar a las teorías (o a los paradigmas, o a los programas de investigación)? Y pareciera que en cada caso se pudiera, y se quisiera, dar una respuesta: que la teoría se torne irrefutable (Popper), que haya una acumulación insostenible de anomalías en un paradigma (Kuhn), que no haya novedades fácticas ni predicciones, lo que transformaría en regresivo a un programa de investigación (Lakatos). A lo que estamos apuntando es a una doble cuestión, cuyo análisis indudablemente debe ser afinado: por una parte, que las ciencias naturales y las sociales o humanas tienen una preocupación similar por requisitos tales como la confrontación (aunque no solamente por este requisito), más allá de las dificultades propias de cada una de ellas y los modos de solucionar los problemas que se presenten; pero que se presupone (o debiera presuponerse) la pregunta acerca del límite, y, por otra parte, que dicha pregunta es en realidad común (pese a las diferentes respuestas) a las metodologías de Popper, Kuhn y Lakatos.

Además, también se pueden registrar preocupaciones comunes con respecto al universo de los valores y el de los hechos. En el caso de Popper puede recogerse a través de la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, en Kuhn a través de su concepción de los paradigmas como cosmovisión (o, en sentido más estricto, como matriz disciplinar) o como ejemplar, y en Lakatos, mediante su distinción entre el núcleo central y el cinturón protector de los programas de investigación.

Aquí se tratará de reconocer la carga valorativa que puede estar presente en los enunciados de la base empírica y al mismo tiempo ponderar los límites de perturbación. Las ciencias sociales están en condiciones de considerar esta doble perspectiva.

La noción de progreso no deja de estar presente en los desarrollos mencionados, lo que incluso puede pensarse en el caso de que haya paradigmas en pugna (y no meramente escuelas rivales), si se elabora un criterio de confrontación adecuado. Por de pronto, pareciera que en cualquiera de las metodologías señaladas se incorpora de alguna manera lo fáctico (en el caso de Kuhn a través de las anomalías), lo que constituye una base para posibles confrontaciones.